

SÁNCHEZ MADRID, Nuria (ed.) (2018): Poéticas del sujeto, cartografías de lo humano. La contribución de la Ilustración europea a la historia cultural de las emociones. Madrid: Ediciones Complutense, 279 pp.

Son cada vez más frecuentes los trabajos que se sitúan un poco por debajo y un poco por detrás de la que hasta ahora ha sido la “valoración hegemónica” de la Ilustración. Se trata de iluminar esos “puntos ciegos” que han jugado un papel fundamental pero no reconocido en la conformación, no menos que en los efectos y resultados, de esa gigantesca empresa intelectual llamada Ilustración, que es auténticamente “plural”. El presente volumen es el resultado de un Proyecto de Innovación Educativa, *Emociones políticas y virtudes epistémicas en el siglo XVIII*, cuya investigadora principal, Nuria Sánchez Madrid es también la editora del volumen, que abunda en esta búsqueda tras temas (la fábula, la mentira, el aura, la locura o las pasiones) y autores menos conocidos (Ferguson, Moritz, Tieck, ...) pero fundamentales para entender los recovecos del proyecto ilustrado. El mapeado de estos elementos se articula en tres partes, distintas pero ligadas, “Paisajes de la subjetividad”, “Patologías de la conciencia” y “Emociones políticas”.

El primer trabajo, “Chardin o el alma en un cesto de fresas salvajes”, de Guillermo de Eugenio (UCM), intenta reconstruir, desde la obra del pintor Jean Simeón Chardin, “el horizonte de inteligibilidad” de la experiencia estética moderna, que ha ido asimilando e introduciendo en su núcleo de sentido elementos no racionales. Concretamente, la idea de “aura” como una “luz del alma” que ilumina los objetos cotidianos (como en los bodegones de Chardin), cuya “vida íntima”

revela. La “cualidad táctil” de los objetos que pinta (la promesa de un “contacto” sería otro elemento de esta nueva experiencia), al mismo tiempo que la “distancia” y “suspensión” con que se pintan, trascendiendo todo tiempo y lugar, hacen posible la transmisión de las cualidades afectivas que conforman esa experiencia estética y que permiten hablar de un “aura secularizada” como réditos fundamentales de esta forma de presentar los objetos domésticos.

Ibis Albizu (UCM) aborda en “El dualismo razón-emoción en el ballet del Siglo de las Luces” una “teoría de la danza” de la Ilustración, defendida por Jean-George Noverre, en la que se puede vislumbrar el debate entre razón y pasión. Este debate se desarrolla en torno a la noción de “pantomima”. Mientras que la “danza mecánica” deja a la palabra la expresión de las emociones, Noverre propone una reforma de la danza. La “*danse pantomime*” supone dar a la danza un lenguaje propio, habilitándola para la expresión de las pasiones (frente a la que sería la danza centrada en la técnica no emotiva). El producto de esta propuesta es el “*ballet d’action*”, que combina la “técnica mecánica” y la “técnica expresiva”. Diderot se une a esta propuesta reconociendo que el gesto puede ser un medio para comunicar los pensamientos. Superando el dualismo cartesiano y “el logocentrismo de la tradición clásica”, los gestos, en su despliegue material-espacial, dan acceso a las emociones, revelando así la pantomima la verdadera “naturaleza” del personaje.

José María Zamora (UAM) propone leer “El combate de las emociones” en la lectura que hace Victor Cousin de la obra de Platón. Frente a la lectura de Condillac, que viene a ver en Platón un representante de la “ideología”, donde todas nuestras ideas proceden de las sensaciones, Cousin se sirve de Platón para arremeter contra el sensualismo y el materialismo del s. XVIII. Su conocimiento de toda la obra rinde una articulación de la misma como “sistema”. Platón funda un “principio de razón” como fuente de todo conocimiento que se compadece con las aportaciones de la filosofía moderna. Pero es particularmente en la filosofía kantiana y en su doble articulación teórico-práctica donde Cousin va a situar la eficacia y alcance de la obra de Platón. Mientras que el *Teeteto* refuta que pueda haber conocimiento sólo con la sensación, equiparando este diálogo a la Analítica trascendental de la primera *Crítica* de Kant, el *Filebo*, que distingue entre el puro placer y la razón y la necesidad de avenir ambos, se compadece con la segunda *Crítica*, donde Kant discierne igualmente entre aspiración a la felicidad y obligación racional. De este modo Cousin se desmarca del sensualismo y aporta una visión de la obra de Platón inéditamente contemporánea.

El trabajo “Lessing: fábula y ortopedia humanista”, de Ricardo Gutiérrez (UCM), se ocupa del interés de Lessing por hacer de la “fábula” un “género literario”. En el fondo, se juega una lectura que intenta resolver el problema de cómo representar los contenidos morales, sin caer en la intelectualización, cuando se impone la distancia del lenguaje simbólico, ni en la sensitivización, cuando se impone la inmediatez de las imágenes. Reconociendo que la fábula sirve a la instrucción moral, la propio de la fábula es la potencia y fuerza de reconocimiento que logra por medio de su naturaleza dramática (de relato y expresión de una acción). La

agnición no es sólo el reconocimiento del personaje y de su propia condición en sus acciones; hay también un reconocimiento subjetivo que aprecia las consecuencias de los actos y en el que el espectador empatiza y se compadece de y con tales consecuencias, que es donde debe situarse la virtualidad de la fábula como medio de “educación moral”.

La segunda parte del libro, “Patologías de la conciencia”, se abre con el trabajo de Guillermo Villaverde (UCM), “Mentira, publicidad y ocultamiento en la filosofía práctica de Kant”. Expresado paradójicamente, el “único contenido” de la moral kantiana (formalismo), es el mandato de “no mentir”. El imperativo categórico postula una universalidad que no puede probarse contractualmente y que tampoco demanda otra clase de fines u objetos de un querer específicamente moral. En realidad, la mentira, y con ella el mandato de la sinceridad, arruina la universalidad, pues mentir no es otra cosa que aceptar en la máxima la excepción. No pueden separarse, ni considerarse como oponibles, el pensar y el querer, pues en el querer mismo está contenida siempre ya la pretensión lógica de la universalidad o de su restricción/negación, que sería la excepcionalidad (mentir es querer/pensar la excepción de la máxima). Por eso la sinceridad no es sólo la expresión trivial de la verdad (como si la verdad estuviera en otro lugar que la intención), sino una condición estructural y formal del querer moral que obliga a “no manipular la estructura de la comunicación con fines privados”. El sustrato del imperativo categórico es la no opacación de la comunicación por medio de la mentira, que al fin y al cabo es la propia no opacación del sujeto moral. El mandato de no mentir es siempre y al mismo tiempo el mandato de la transparencia, de la apertura

de uno mismo a los otros, donde el pensar y el decir se traban inseparablemente en un régimen de publicidad comunicativa.

El trabajo de Nuria Sánchez Madrid (UCM), “«La seule forêt qu’on appelle société». *El sobrino de Rameau* como sistémografo antropológico y social”, analiza la obra de Diderot –en sus ecos en Hegel, Foucault, Starobinski o Azúa– como un texto que expone la semiótica de la Modernidad en la que nada de lo que se presenta puede hacerlo ya más con solidez o univocidad. Los hitos de esta nueva semiótica son, entre otros, la “democratización de la subversión” (nada en la sociedad puede no ser objeto de una “reflexión aberrante”) y la mendacidad del lenguaje (que oculta la insociable sociabilidad que surge del fondo animales de los hombres). Al desenmascaramiento se une la fermentación como otro de los mimbres que hacen a esta particular semiótica. El sobrino revela que fuera del sujeto y de su preciada interioridad está la estupidez, el vacío y el tedio. No se trata sólo de una apología de la máscara. Antes bien, el sobrino expone una suerte de antropología negativa en la que el sujeto es un residuo fermentado y absolutamente indeterminado. De ahí la lectura de esta obra como una búsqueda de la salvación en la animalización, donde el parasitismo del sobrino es el tercer mimbres. El sobrino es un parásito social que revela cómo las síntesis pasivas obran su finalidad en la sociedad, revelando que las intenciones son en última instancia instintos, y que todo es obrado por una disposición animal originaria.

“Sombra y conciencia: el desfondamiento del sujeto (romántico)” es el trabajo de Ana Carrasco Conde (UCM). Hay dos modos de entender al sujeto que tienen su origen en el mismo Kant: el modo fichteano, que presume la capacidad productora del sujeto a partir del movimiento de la reflexión, y aquel debido a autores como Kleist, Tieck o

Hoffman, que ve en un movimiento contrario a la reflexión la posibilidad de descomponer la conciencia. Lo primero se sustenta en el concepto fichteano de *Thathandlung*. La conciencia es una instancia auto-constituyente que deviene, por mor de la actividad pura, por mor del obrar en cuanto tal, un hecho. Para que esta actividad se ponga en marcha, sin embargo, tiene que haber algo que se oponga al yo, el No-Yo. No hay movimiento sin resistencia. El yo se constituye por tanto en este volver sobre sí. Ahora bien, Tieck apunta que este movimiento puede no ser transparente y que puede estar pervertido o desviado, haciendo que el mundo exterior no sea rectamente aprehendido y que sea a fin de cuentas una fantasía. El concepto de “línea circular”, *Zirkellinie*, recuerda que en este alejamiento de sí la conciencia se encuentra ante oscuridades inalienables. La reflexión es un “viaje” en el que se desciende hasta el fondo para luego emerger de nuevo a nosotros mismos.

Germán Garrido (UCM) propone leer la obra *Anton Reiser*, de K.P. Moritz, una crónica psicológica de su melancolía. “Símbolo y síntoma. Melancolía y vocación artística en el *Anton Reiser*”. Se trata de leer la obra de Moritz, como también puede hacerse con el *Werther* de Goethe, como una suerte de “historia clínica” de un sujeto melancólico. No se trata sólo de que ver en el melancólico un personaje tipo romántico, a caballo entre la genialidad y lo patológico. Es el mismo tipo de relato, su condición de *Fallengeschichte*, la novedad que hay que cargar en la cuenta de Moritz. Se trata de un anticipo de la “novela corta”, que se centra en un “suceso inaudito”, que describe, además, y esta es una de sus aportaciones fundamentales, por medio de un relato de hechos producto de una “disciplinada autoobservación”, esto es, nada más lejos de la “charlatanería moralista” que proliferaba en la época. Por

último, habría que leer en la precisión de esta descripción clínica un cuestionamiento de la instancia autoral que ha sido frecuente en la consideración de la novela, donde no está claro si habla el autor o si lo hace la realidad invocada de sus personajes, aquí el del melancólico.

Termina la segunda parte de este libro el trabajo de Laura Herrero (UCM), “Imágenes de la locura, la normalidad y el elogio de la estupidez de Jean Paul”. La obra de este autor, *Elogio de la estupidez*, es significativamente coetánea del opúsculo de Kant “Contestación a la pregunta: ‘¿qué es la ilustración?’” (1782 y 1784 respect.). Se trata al fin y al cabo de una crítica a los que ocupan las cátedras y ocupan el lugar más elevado del saber. El estúpido sólo dispone de la memoria, que es la facultad del contenido (la suma de los saberes en los libros, la erudición), frente al poeta, que dispone la imaginación y es capaz de crear y de pensar por sí mismo. También hay que considerar la obra de Jean Paul Richter en relación al *Elogio de la locura* de Erasmo. El saldo que arroja esta comparación es que el lugar de la locura en la obra de Erasmo lo ocupa la estupidez en Richter, que tiene un cariz distinto. El loco es el que sabe demasiado pero que no encaja en el mundo. El estúpido, en cambio, es el que está en el mundo, embebido en su orgullo, sin poder reconocer sus límites. El estúpido es el enemigo del sabio, pero logra ventajas que a éste le están negadas: logra una buena posición en el mundo y también consigue la salud, ya que al apartar la duda de su pensamiento no abandona nunca la placidez de su autocomplacencia (el sabio está condenado, en cambio, a la duda enfermiza que es la hipocondría).

La última parte de *Poéticas del sujeto*, “Emociones políticas”, está formada por tres trabajos. El primero es el de Gerardo

López Sastre (UCLM), “De la avidez insaciable a la cooperación. Pasiones y razón en la política de Hume”. Como es sabido, Hume se propone romper con la idea de que la razón debe sobreponerse a las pasiones. Esto no es sólo un hecho, sino también y ante todo un hecho beneficioso, pues sólo las pasiones pueden hacer que la razón proceda de modo útil. Si consideramos la “avidéz”, esta pasión incrementa paradójicamente nuestro poder al permitir la unión de fuerzas, aumenta también nuestra habilidad, ya que dispone la división del trabajo, y por último ofrece seguridad, pues promueve la ayuda mutua contra los avatares de la fortuna. Lo hace paradójicamente, decimos, porque es precisamente el juicio y el entendimiento los que modulan la pasión para rendir tales efectos beneficiosos. La razón es un “remedio” para evitar los males de la insociabilidad y que hace posible la sociedad. Esto sucede en varios pasos. Primero se asegura la estabilidad de la propiedad, la posesión; luego la alienación voluntaria de la propiedad y, por último, el intercambio de servicios o el contrato. Donde todo esto sucede, conforme al mejor “liberalismo”, por medio de un interés no siempre consciente.

El trabajo de Paloma de la Nuez (URJ) y de Isabel Wences (UC3M) sigue la misma pista. “Emociones y consecuencias políticas en el pensamiento de Turgot y Ferguson” rehabilita “lo sentimental” en política que ha sido denostado por cierto racionalismo hegemónico en el pensamiento político. Ferguson y Turgot entienden que la humanidad ha seguido una “progresión natural” desde un inicial primitivismo o barbarie hasta una civilización basada en el comercio y en el bien común. Lo que importa es que el motor de este movimiento son las “pasiones violentas”, como los avaricia o la ambición, templadas eso sí por las “pasiones

dulces”, como la generosidad o la hospitalidad. Conforme se avanza en los estados civilizatorios, las pasiones cambian y se van apaciguando las pasiones “tumultuosas”, a lo cual contribuye de modo esencial la educación, la religión y el derecho. Todo ello deberá terminar en un estadio de la sociedad donde el “bien público” será la última y más apreciada “pasión”.

El trabajo que cierra el volumen, “Madame Helvétius y Sophie de Grouchy, impulsoras de la Revolución francesa”, de Ricardo Hurtado (US), incide en la influencia que tuvieron los “salones” como espacios para la revolución. Concretamente recuerda que fueron dos mujeres, Madame Helvétius y también Sophie de Grouchy, las que llevaron y promovieron en sus salones ideas revolucionarias. La primera, defendiendo

las ideas materialistas y ateas de su marido y dando cobijo a revolucionarios como B. Franklin. También apoyando el derribo de los principios de la tradición y de Dios a favor de la institución de una república. La segunda, comprometiéndose con las clases populares y con la igualdad promoviendo una *Sociedad Fraternal de Ciudadanos de Ambos Sexos*.

En suma, *Poéticas del sujeto* es un libro que responde a la intención de innovación del proyecto que lo anima y que cumple con creces las expectativas de un trabajo en textos y cuestiones orilladas con frecuencia en el tratamiento de la ilustración, y que han sido abordadas con todo rigor.

Jesús González Fisac  
(Universidad de Cádiz)

WITTGENSTEIN, L (2017): *Dictado Para Schlick*. Traducción, prólogo y notas: Jesús Padilla Gálvez, Margit Gaffal. Madrid: Ápeiron Ediciones, 185 páginas.

Siempre pareció sorprendente que el filósofo más influyente del siglo XX – Ludwig Wittgenstein- hubiera publicado muy poco material filosófico en vida. Pero resultó, no obstante, ser de una importancia tal que ciertamente dejó una huella imborrable en el pensamiento posterior. El *Tractatus Logico-Philosophicus* pasa por ser indiscutiblemente una obra icónica en la cultura filosófica del pasado siglo.

La innegable honestidad de Wittgenstein le llevó, sin embargo, a modificar sus planteamientos al estimar que éstos habían quedado obsoletos, dado que a su entender no aclaraban adecuadamente los problemas de la filosofía. Resulta inaudito dicho cambio cuando las palabras finales del prólogo al *Tractatus* no dejan lugar a dudas respecto al alcance de las intenciones del libro:

La *verdad* de los pensamientos aquí comunicados me parece, en cambio, intocable y definitiva. Soy, pues, de la opinión de haber solucionado definitivamente, en lo esencial, los problemas (“die Probleme im Wesentlichen endgültig gelöst zu haben”) (cursivas en el original)<sup>1</sup>

Pero para Wittgenstein, las cuestiones filosóficas –la filosofía misma- no resultaba un pasatiempo, sino una actividad a la que dedicar la vida entera. Si algún *motto* pudiera deducirse del rigor y la intensidad con la que encaraba su trabajo intelectual, éste podría ser –sin lugar a dudas- la claridad. Precisamente en un prólogo ideado

1 Traducción de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera.